

El paraíso

Aleksandr Ivánovich Kuprín



Nota introductoria y traducción de Ricardo Muñoz Nafría

© Ricardo Muñoz Nafría, por la introducción y la traducción, 2019

Quien llegue en busca de un edén de bienaventuranza y dicha eterna seguramente no lo hallará entre estas páginas, pues el esperanzador título de la obra cuya traducción presentamos un poco más adelante debe interpretarse en el más puro sentido irónico. De hecho, nos encontramos ante lo que el propio autor definirá trece años más tarde como «un paraíso bajo fusiles cargados» (1988: 43). Se trata de un escenario sumamente cuadrulado y represivo en el que los personajes están privados de libertad y, en cuanto dejan de ser aptos para el desempeño de sus funciones o manifiestan el más mínimo indicio de insubmisión al sistema establecido, sencillamente desaparecen sin dejar rastro, algo que, según se sugiere, en realidad supone una liberación para ellos.

Nos referimos a *Pañ* [*El paraíso*], una reveladora narración intencionalmente fragmentaria publicada por primera vez el 7 de junio de 1921 en el número 126 del periódico de Riga *Сегодня* [*Segodnya*] de la mano de Aleksandr Ivánovich Kuprín, célebre escritor y periodista ruso de marcada tendencia realista que, sin embargo, no renunció a incursionar también en otros ámbitos como el de la imaginación prospectiva. Es esta primera edición, redactada en ruso, la versión textual en la que se basa la presente traducción al español.

Nacido en 1870, Kuprín fue contemporáneo de acontecimientos tan trascendentales para su amada patria como la Revolución de Octubre de 1917, comúnmente conocida como la «Gran Revolución», y en diciembre de 1918 tuvo la ocasión de conocer en persona al propio Lenin a raíz de la creación de un periódico para campesinos, proyecto que, a pesar de su

aprobación oficial, nunca llegaría a materializarse. Aunque a lo largo de su vida no siempre mantuvo una postura constante, inequívoca, unidireccional y categórica con respecto a los avatares del momento, con motivo de su oposición ideológica a los bolcheviques se vio obligado a abandonar el territorio ruso en 1919. Primero emigró a Estonia y luego a Finlandia, para acabar asentándose en París, donde residirá desde el 4 de julio de 1920 hasta el 29 de mayo de 1937, fecha en que, enfermo de gravedad, se dirigirá de regreso a la entonces Unión Soviética un año antes de que la muerte lo reclame.

Como señala Borís Lanin, tras el triunfo de la Revolución de Octubre, varios millones de rusos —entre ellos numerosos intelectuales y miembros de la clase alta— se encontraron ante la necesidad de marchar al exilio, donde se convertirían en el público potencial más importante de un nutrido grupo de autores antibolcheviques como Kuprín, conscientes del sinfín de posibilidades que les brindaban Europa y otros continentes para publicar aquello que la censura en Rusia no estaba dispuesta a consentirles (2013: 49-50).

En este contexto, *El paraíso* representa una distopía fantástica, inspirada en hechos reales, en la que Kuprín profetiza (o describe) la crudeza del comunismo a partir de su percepción personal. En efecto, aunque las primeras líneas nos trasladen de forma fugaz a varios momentos de lo que era el futuro, la elección del género de memorias nos acerca la narración al presente causando una profunda sensación de realidad. En su crítica, el autor se sirve de un tono claramente satírico a la vez que trágico, haciendo especial énfasis en un delirio de igualdad que se lleva al absurdo:



El paraíso

se trata de un «paraíso terrenal» inhóspito, inhumano, brutal, cuyos impersonales moradores no vacilarían ni un instante en evacuar, si acaso pudieran, para recobrar el mundo anterior que conocían, imperfecto pero infinitamente más afable y soportable.

Antes de pasar a la traducción en sí, quizá convenga realizar algunas breves precisiones histórico-culturales con el fin de facilitar su lectura. En primer lugar, los 10 *zlotniks* que se mencionan son una antigua medida de peso rusa y equivalen a aproximadamente 42,66 gramos. También se alude a la «cáscara sagrada», una planta de origen norteamericano de la que se fabricaban preparados medicinales por sus propiedades laxantes, y a la «clisobomba», un instrumento médico compuesto por un tubo y una bomba con el que antiguamente se suministraban enemas por vía anal. Por último, las letras «Н» y «М» que marcan el sexo de los habitantes de este insólito paraíso, así como la «Н» del número asignado al narrador protagonista, son una adaptación de las letras rusas «М» (de «мужчина», hombre) y «Ж» (de «женщина», mujer). Dicho sea de paso que buena parte de las prácticas denigrantes que se atribuyen a los bolcheviques en *El paraíso*, incluido este marcado de hombres y mujeres con letras en la espalda, re-

aparecerá en 1934 en la obra del mismo autor *Шестое чувство* [*El sexto sentido*] (1988: 43).

Si bien *El paraíso* constituye, con toda probabilidad, uno de los escritos literarios más desatendidos y desconocidos de Kuprín incluso en su propio país, y en nuestro tiempo no escasean otras manifestaciones históricas y literarias afines que pudieran reclamar nuestra atención en su lugar, la traducción que aquí nos ocupa pretende humildemente ayudar a completar o complementar nuestra comprensión de una época que no solo convulsionó Rusia, sino el mundo entero. Cabe esperar y desear, así pues, que tanto el estilo como el contenido de esta sorprendente narración despierten el interés de los lectores fomentando una reflexión constructiva sobre el pasado, el presente y el futuro.

Bibliografía citada:

- Kuprín, Aleksandr (1988). «Шестое чувство». *Юность*, 3: 36-45.
- Lanin, Borís (2013). «Experiment and Emigration: Russian Literature, 1917-1953», N. Cornwell (ed.), *Reference Guide to Russian Literature*. Nueva York: Routledge, 49-55.

El paraíso

(Los fragmentos que han sobrevivido proceden del manuscrito hallado en el año 1971 en las excavaciones de las ruinas de Moscú. Un examen pericial ha establecido con gran fiabilidad la autoría de míster Robert O'Brealey, colaborador del «New York Herald», desaparecido sin rastro a principios de los años cuarenta de este siglo durante su temerario intento de introducirse en la Comuna Panrusa. El documento, conservado en un cilindro de hojalata soldado, está gravemente estropeado por el tiempo y la humedad).

..... y lo que se atribuyó a Plinio como un acto de suma proeza científica a un corresponsal periodístico actual le parecería el cumplimiento habitual de su deber profesional. Desplazarse a la primera orden del director del periódico a un rincón perdido del África Central, al Polo Norte, al teatro de la guerra más encarnizada, a lugares afectados de tifus, o peste, nos resulta tan sencillo como a nuestros respetables lectores ponerse las botas por la mañana y quitárselas por la noche
... Por grande que sea el peligro, siempre calculamos que hay dos o tres posibilidades de saltar de él gracias al azar o al ingenio propio. En la situación en la que ahora me encuentro, las posibilidades de salvación son iguales a un redondo, gordo y absoluto cero. Ni un rayo, ni una pequeña chispita de esperanza de abandonar alguna vez este Paraíso Terrenal y, aunque solo sea por un momento, echar un vistazo al mundo anterior, bueno, antiguo, tan querido, tan imperfecto. Desde el minuto en que me llevaron a través de las alambradas eléctricas y me sometieron al humillante y ya no tengo personalidad. Por completo se ha disuelto, ha desaparecido en ese número con el que figuro y figuraré hasta la misma muerte: H. 8044. 19-d.
..... Todo el sentido interior y exterior

de la vida de aquí se puede expresar en dos palabras: igualdad y electrificación
..... Los hombres y las mujeres trabajan juntos, pero viven por separado. Tanto los unos como las otras van vestidos igual, con paño gris: chaqueta gris, pantalones grises, gorra gris, redonda y sin visera, calzado gris; para distinguirlos, en la espalda llevan impresos con color sencillo el número de subsección, el número de sección y la letra de sección; además de eso, los caracteres H o M según el sexo.

Para evitar la competición y el descontento, se ha suprimido por completo la división anterior entre morenos y rubios, castaños y pelirrojos, rizados y calvos. Cada mañana, en las cabezas y los rostros de todos los miembros de la comuna se destruye cualquier presencia de pelo. Esta operación se realiza por medio de cauterizaciones eléctricas; es indolora y no lleva más de cinco segundos a través de la dosificación del trabajo, el alimento y algunos medicamentos, se esfuerzan por lograr un peso idéntico para las personas del mismo sexo y edad con el fin de que no haya motivos de vanagloria y envidia. Yo estoy en la categoría 4 p. 12 f. Se permiten las fluctuaciones dentro de los límites de diez *zlotniks*. Mañana es martes; me espera el pesaje habitual; por el estado de mi salud ya preveo que toda la semana que viene me tocará tomar por la noche «Cáscara Sagrada» pero la cantidad de palabras empleadas por los miembros de la comuna está rigurosamente restringida por un máximo legal. Así, el año pasado, nuestro vocabulario conversacional abarcaba ciento treinta y cinco vocablos radicales, pero con el decreto de este año ha quedado reducido a noventa palabras, una buena mitad de las cuales, encima, supone un lujo superfluo
... El paisaje y la naturaleza se consideran



El paraíso

perjudiciales para los nervios y el carácter. La base de las construcciones y de la planificación de los edificios la componen: el cubo, el cuadrado y la línea recta. Los árboles y las flores no se mencionan ni siquiera en las conversaciones; ya no existen

Ocho horas en las máquinas y tractores que se ponen en marcha con electricidad. Tres horas para todas las necesidades naturales (lavado, comida, descanso, etc.). Cuatro horas para los ejercicios militares; las mujeres y los hombres por separado. Tres horas para el estudio de la teoría de Marx en la popular redacción de Engels y para el mitin habitual con tema y resolución indicados de antemano. Una hora para la confesión pública, consistente en que cada comunista, hombre o mujer, informa en secreto a su camarada de célula, estas en un montoncito y aquellos en un grupo, etc., tanto de sus propias palabras, acciones y pensamientos pecaminosos anti-comunistas concebidos en el día como, sobre todo, de la conducta y las supuestas ideas de sus camaradas durante el trabajo y por la noche Para dormir, seis horas. Los hombres duermen en sus barracones, las mujeres, en los suyos. Los dormitorios, redondos, tienen sitios fijos numerados. Cuando llegan para pasar la noche, a una hora, un minuto y un segundo rigurosamente estrictos, se tumban todos en el suelo, sobre una cubierta circular, en forma de estrella, con las piernas al centro, las cabezas afuera, indefectiblemente sobre el costado derecho. Se oye el sonido del gong; de arriba, del techo, baja una manta comunal de algodón para todos. En ese mismo instante se apaga la electricidad, y comienza el silencio obligatorio. Tener sueños está terminantemente prohibido. A las tres de la mañana, con el sonido del gong, la manta comunal asciende hacia arriba

En las paredes de las secciones de trabajo cuelgan carteles por doquier: «Una persona

puede producir cinco veces más de lo que le permiten sus fuerzas, un comunista, diez». Por eso, mientras trabajamos, cada uno de nosotros está imperceptiblemente conectado por un cable eléctrico a la central principal, donde contadores automáticos individuales indican la intensidad del trabajo de cada máquina. En el caso de que se debilite la energía en un puesto dado —sin importar que sea por pereza, fatiga o enfermedad—, se libera de inmediato una corriente con una potencia espantosa, que produce a la persona un efecto extraordinariamente estimulante y doloroso en extremo, y el indicador del contador sube al instante al nivel general. Una vez, un obrero que había fallecido en la máquina por rotura cardíaca, debido a la acción de esta corriente, continuó trabajando de forma automática hasta hora y media después de su muerte física. También se dio otro caso: con el fin de descansar, ciento veinte obreros de una sección lograron de milagro ponerse de acuerdo entre sí para trabajar por un día a la mitad del esfuerzo extremo habitual. Entre ellos, uno salió traidor. En aras de un beneficio futuro, trabajó con todas sus fuerzas, y la diferencia con respecto a su contador reveló a los vigilantes esta huelga de celo. Los ciento veinte, menos uno, resultaron muertos, como si de un relámpago del cielo se tratara, por un breve impacto eléctrico

. Comemos tres veces al día: por la mañana y por la noche, tortas secas de albúmina; a mediodía, el almuerzo. Almorzamos juntos (según el lema de la comuna: «Nunca en soledad») en largas mesas de mármol con hoyos en forma de plato hondo y, al lado, cucharas sujetas con cadenas. Exactamente a mediodía, al sonar la señal, estos cuencos se llenan por debajo de forma automática con un monótono y denso bodrio, o papilla, que contiene todos los nutrientes necesarios triturados (para evitar desigualdades en las porciones). Hay inspectores de guardia dando vueltas. Cada uno lleva bajo la axila un recipiente ci-



El paraíso

límpido con una cánula semejante a una antigua clisobomba. Si se observa a alguien charlataneando y con inclinación jovial, o se le sorprende con la intención de quitarle al compañero con la cuchara, el inspector se acerca a él, baja la clisobomba a la papilla y —fiu— el plato se vacía de una vez. Antes y después de cada comida, el responsable de turno lee en voz alta, según es costumbre, fragmentos del *Manifiesto comunista* pero en primavera, en el Mes del Amor, a algunos de nosotros nos mandan a puntos de reunión para el apareamiento, donde unos camaradas especialmente encargados de la estadística sexual distribuyen grandes salas adornadas con retratos de los antepasados y los padres de la Gran Revolución a los niños no los vemos nunca, lo mismo que a los muy ancianos. De alguna forma, la persona que se queda «fuera de servicio» desaparece por sí sola de improviso una buena mañana para ella. Igual que esta, desaparecen también los camaradas de semblante insumiso. En tales días, nuestros bodrios son

más espesos pues existen despachos especiales para leer las ideas con ayuda de ingeniosos aparatos eléctricos

Al margen de la posición del poblado comunista, sobre una superficie llana y rigurosas filas de barracones, se yergue hasta el cielo una torre de hierro. Allí están concentradas máquinas eléctricas, de donde se transmiten señales, y es ahí donde viven Ellos, los Innominados, los Soberanos, los Divinos, de los que no está permitido no solo hablar, sino tampoco pensar. De ellos procede el alimento, y el agua, y la luz, y el calor, y el trabajo, y toda nuestra vida, y nuestra muerte. Cuando sobrevuelan el poblado con sus máquinas aéreas, nos arrojamos al suelo al primer ruido de hélice, nos cubrimos la cara con las manos y permanecemos así tumbados procurando no respirar hasta que Sobre las dificultades con las que he conseguido un pedazo de hueso y un poco de papel fino. La tinta la he preparado